

Aquel espejo italiano, alemán y español en donde se miraba el gobierno argentino.

A lo largo de toda la década de 1930 el gobierno argentino estuvo marcado por un predominio político conservador sostenido a través de un fuerte y arraigado sistema fraudulento electoral. Tras el golpe de Estado del general José Félix Uriburu, en 1930, supuso el final de la etapa gubernativa, estatal y bonaerense, de los radicales tras el derrocamiento de Hipólito Yrigoyen. A partir de entonces, mientras los órganos constitucionales perdían gradualmente peso, la dirigencia del gobierno argentino empezó a ser fuertemente manipulada por unas élites conservadoras muy cohesionadas entre sí. El historiador argentino, Cristián Buchrucker, ofrece una clasificación de dichas elites en tres categorías: por un lado, estaría una élite terrateniente y empresaria con predominio de los sectores tradicionales; una élite burócrata estatal; por último, una élite personificada en el conjunto de las grandes empresas extranjeras con posiciones claves en la economía argentina¹. Cristián Buchrucker denomina esta trilogía elitista como: “triángulo del poder real”, la cual conllevó, durante toda la década del 30, a una estructura gubernativa caracterizada por un “autoritarismo con parlamentarismo residual”². Dentro de este triángulo del poder real prevaleció toda una estrecha red de clientelismo producida por la concentración de funciones y dignidades en un pequeño círculo de personas influyentes³. Ante esta tesitura, la estructura parlamentaria argentina asistió a una pérdida de prestigio del Congreso, la Suprema Corte y los gobiernos provinciales debido a una poca, o prácticamente nula, transparencia de los asuntos públicos. El fraude electoral, puesto en práctica por el régimen de Uriburu y mantenido a lo largo de toda la década del 30, situó a los socialistas y a los radicales como los grandes perdedores, políticamente hablando.

El conservadurismo argentino, más autoritario y menos liberal, tuvo su representación política dentro del Partido Demócrata Nacional (en adelante PDN). Se trató de un partido no homogéneo caracterizado por dos corrientes ideológicas que le llevarían a

¹ Buchrucker, Cristián; *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1987, p. 109. En el Anexo de la presente investigación ofrecemos un esquema de los gobiernos tanto Nacional, de la provincia de Buenos Aires así como de Mar del Plata de la década de 1910 a 1940.

² Ibid.

³ Un ejemplo de ello lo tenemos en la figura de Carlos Saavedra Lamas que, además de catedrático y diplomático, fue abogado de la empresa *Puerto de Rosario*. Otro ejemplo sería Federico Pinedo quien fuera ministro de Hacienda durante el período de 1933 a 1935 y abogado de la empresa *Sofina* (Ibid., p. 110).

debatirse en un proceso de pugnas internas: por un lado, predominaba un ala liberal representada por Rodolfo Moreno con un sistema de rasgos difusamente democráticos; por otro lado, predominaba un ala conservadora representada por Matías Sánchez Sorondo con un proyecto claramente autoritario⁴. Las presiones internas llevaron al gobierno del general Uriburu, en abril de 1931, a convocar las primeras elecciones provinciales en donde hubo una clara mayoría para los radicales. Uriburu anuló las elecciones optando por el sistema fraudulento, agilizando “la existencia de una organización política partidaria basada en la proliferación de ‘caudillos’ y ‘punteros’ sostenidos por el clientelismo”⁵. En 1936, y a través de comicios fraudulentos, fue elegido como gobernador de la provincia de Buenos Aires, Manuel Fresco, el cual se caracterizó por llevar a cabo una política cercana a la de Matías Sánchez Sorondo, además de implementar una política “que transitó entre el populismo, la digitación y el fraude en un marco de explícito impulso a la realización de obras públicas”⁶.

Esta heterogeneidad del Partido Conservador bonaerense tuvo que encauzar sus acciones, en la década de 1930, en la resolución de tres cuestiones básicas: en la reorganización de sus fuerzas internas; su articulación con las fuerzas políticas anti-

⁴ Pastoriza, Elisa; “La política conservadora, 1930-40”, en *Mar del Plata. Una historia urbana*, Fundación Banco de Boston, Buenos Aires, 1991, pp. 149-150. Rodolfo Moreno fue uno de los principales activistas en la creación de la Federación Nacional Democrática. Dicha Federación se constituyó pocos días después del golpe uriburista a través del accionar de una serie de dirigentes que, aunque habían apoyado al derrocamiento de Yrigoyen, pretendían mantener la vigencia del sistema liberal parlamentario. La Federación núcleo a los diferentes conservadurismos provinciales, entre ellos el de Buenos Aires, los radicales antipersonalistas y los socialistas independientes. Los dirigentes políticos que se colocaron al frente intentaron utilizarlo como instrumento de presión a fin de que el gobierno de Uriburu concretase rápidamente las elecciones destinadas a legalizar la situación. Esto provocó un creciente distanciamiento entre el presidente Uriburu y la Federación, así pues los conservadores optaron por colocarse junto al gobierno abandonando la Federación e impulsando la formación del Partido Nacional, que había propuesto Uriburu, produciéndose una duplicidad política entre los propios conservadores (Béjar, María Dolores; “Otra vez la historia política. El conservadurismo bonaerense en los años treinta”, en *Anuario del Instituto de Estudios Históricos Sociales*, N° 1, Buenos Aires-Tandil, 1986, p. 203).

⁵ Pastoriza, Elisa; “La política conservadora, 1930-40”..., op. cit., pp. 149-150. Entendemos por caudillos a aquellos jefes políticos que fundaban su poder en el control de la policía local, el gobierno municipal y el comité partidario con las posibilidades coercitivas y los liderazgos paternalistas que estos instrumentos les brindaban. La capacidad de estos caudillos para controlar y disciplinar el electorado le confirió un papel, y un peso relevante, para garantizar la dominación del conservadurismo. Su objetivo fue la de eliminar todo tipo de oposición política, tanto de los adversarios políticos como la que se gestara en el seno del propio PDN (Béjar, María Dolores; “Otra vez la historia política...”, op. cit., p. 219).

⁶ La política del conservadurismo bonaerense fresquista se manifestó en la Ley N° 4776, conocida por los opositores como “la ley trampa”, por la que se adjudicaba al partido gobernante el control de las Juntas Revisorias locales, así como en la Ley N° 4316, conocida como “la ley del voto cantado”, en donde se quedó instaurada la política del sufragio no secreto, esta ley dejaba de lado una de las premisas básicas de la Ley Sáenz Peña (Pastoriza, Elisa; “La política conservadora, 1930-40”..., op. cit., pp. 150- 151). La Ley Sáenz Peña se encuadra dentro del movimiento de reforma que el ex presidente radical, Roque Sáenz Peña, implantó en 1912. Dicha reforma estaba compuesta por dos leyes: una de ellas autorizaba la preparación de un nuevo padrón electoral libre de vicios de confección y de inexactitudes; y la otra introducía el voto secreto e instauraba un nuevo sistema de sufragio. La Ley Sáenz Peña no constituía un procedimiento verdaderamente democrático, pues tan solo se concedía el sufragio a los argentinos nativos. Dado a que el grueso de la clase obrera estaba formada por extranjeros, esa ley representaba una forma de discriminación de clase, además de incrementar la confianza depositada por la élite al por entonces gobierno radical (Rock, David; *El radicalismo argentino 1890-1930*, Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 2001, pp. 45-48).

yrigoyenistas; y la relación con el gobierno de facto. La regularización de sus fuerzas internas recayó en las Juntas Reorganizadoras integrada por los grandes terratenientes de la pampa bonaerense⁷. Aquel triunfo radical en las elecciones de 1931, con la consecuente anulación del mismo por el gobierno provisional de Uriburu, hizo que se reorganizara el Partido Nacional y la concreción de una nueva alianza política que vinculó a los conservadores bonaerenses con el resto de los conservadorismos provinciales formando el Partido Demócrata Nacional (PDN), en octubre de 1931, en donde no estuvieron presentes ni los radicales antipersonalistas⁸ ni los socialistas independientes⁹.

Toda esta coyuntura política viene pareja a las duras condiciones económicas por las que estaba pasando Argentina que, junto a la proscripción del Partido Radical (UCR) tras el derrocamiento de Hipólito Yrigoyen, así como el fraude electoral sistemático, llamado fraude patriótico, hacen de estos años de 1930 a 1943 que sean tildados genéricamente como de “década infame”¹⁰. El *crack* de 1929 produjo una crisis económica finisecular que, en Argentina, se tradujo en una alteración de las condiciones en las perspectivas económicas vigentes. Tres fueron, a grandes rasgos, esas alteraciones: la economía agropecuaria extensiva y de bajos costos llegó a sus límites geoclimáticos, el creciente consumo nacional de alimentos disminuyó proporcionalmente al excedente disponible para la exportación y, en tercer lugar, el empeoramiento en los términos de intercambio se hizo evidente al no haber un mercado en donde colocar las materias primas paralizándose, por lo tanto, la exportación así como la importación¹¹. Todo ello provocó una industrialización forzosa cuya reactivación más evidente la caracteriza la etapa de 1934/35-1939. En 1940 se acelerará, todavía más, el proceso de la industrialización (*Take-*

⁷ Béjar, María Dolores; “Otra vez la historia política...”, op. cit., pp. 201-202.

⁸ Durante la década de 1930 la división interna del radicalismo se agudizó todavía más entre los que apoyaban a Hipólito Yrigoyen: “yrigoyenistas o personalistas”, y los que apoyaban a Marcelo T. de Alvear: “alvearistas o antipersonalistas” (Ferrerías, Norberto y Molinari, Irene D.; “Las prácticas políticas en Mar del Plata”, en *Mar del Plata. De la prehistoria a la actualidad. Caras y contracaras de una ciudad imaginada*, Zaida, Mirta (Dir.), Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, 1999, p.53).

⁹ Béjar, María Dolores; “Otra vez la historia política...”, op. cit., p. 206.

¹⁰ Spitta, Arnold; “Corrientes antisemitas y política de inmigración en la Argentina de los años treinta y cuarenta”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 11, Buenos Aires, abril 1989, p. 20.

¹¹ Buchrucker, Cristián; *Nacionalismo y peronismo...*, op. cit., pp. 103- 104. La crisis finisecular de 1930 hizo que Argentina pusiera en marcha, forzosamente y debido a las circunstancias, un modelo económico sustitutivo de importaciones que duraría hasta 1976. Importante destacar, además, que Argentina había sido un país dependiente de las grandes potencias industrializadas, sobre todo las europeas, y con una base productiva unilateral y precaria. Esa base productiva venía marcada, hacia 1914, en el desarrollo de sus, supuestamente, inagotables riquezas naturales, la fértil tierra de la Pampa Húmeda, pero que estaba limitado socialmente por la estructura de propiedad de ese mismo recurso, es decir: captaba del exterior capitales -con el consiguiente crecimiento de la deuda externa-, mano de obra y hasta ideologías -procedente, ambas, de la inmigración-. Pero no poseía un modelo político que asimilara adecuadamente las posibilidades de la inmigración externa (Poli, Federico; “Mario Rapoport y colaboradores. Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000). Ediciones Macchi, Buenos Aires, 2000, 1168 páginas”, en *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, N° 21, Buenos Aires, 2001, p. 225-227).

Autor: Lidia Bocanegra

off) impulsado por las restricciones que la Segunda Guerra Mundial aplicó al comercio exterior. A pesar de todo, según las estadísticas del Producto Bruto Nacional (PBN), hubo que esperar hasta 1942 para que la economía argentina resultara más productiva que en 1929, justo antes del *crack*. Dicho proceso de industrialización “estuvo signado por la improvisación y la fuerte dependencia de las importaciones”¹², sin olvidar que los intereses económicos extranjeros ejercían una influencia muy considerable en el país, pues el 58% de la producción de alimentos correspondía a empresas extranjeras, sobre todo inglesas, no siendo hasta la Segunda Guerra Mundial cuando la competencia norteamericana empezaría a ganar terreno en la radio y los teléfonos¹³. En definitiva, haciendo referencia al historiador David Rock, la quiebra de *Wall Street* en octubre de 1929, con la subsiguiente Gran Depresión que pronto se dejaría sentir en Argentina, provocó que el conservadurismo ya no delegara su poder político en una coalición que abarcara sectores de la población urbana, como era el radicalismo, a diferencia de etapas anteriores de auge de las expansiones en donde la élite se había apoyado en él. Así pues, el golpe militar Uriburista de 1930 percibió “dos procesos fundamentales: la enajenación de los intereses conservadores ligados a la exportación y de los grupos de poder pertenecientes a ellos, como el ejército; y la súbita pérdida de apoyo popular por parte del gobierno”¹⁴.

Después del gobierno provisional de J. F. Uriburu, a través de los comicios fraudulentos y coerciones dentro de los mismos grupos conservadores, se inicia la etapa de la restauración neoconservadora con el presidente Agustín P. Justo, finalizando con Ramón S. Castillo. El mandato de Agustín P. Justo estuvo marcado por un dirigismo pragmático; en el funcionamiento de este sistema era “difícil diferenciar los objetivos de la administración pública de los intereses de los terratenientes conservadores”¹⁵. El 20 de febrero de 1938, A. P. Justo transmite la primera magistratura a un sucesor que él mismo había elegido: Roberto M. Ortiz, en unos comicios nuevamente fraudulentos, nombrándose como vicepresidente a Ramón S. Castillo. Según el historiador, Tulio Halperín Donghi, al nombrar a Ortiz como su sucesor estaba manteniendo abierta la vía “entre una auténtica restauración de la democracia de sufragio universal y su definitiva supresión, que había permitido a la República imposible sobrevivir por seis años pese a su extrema debilidad de

¹² Buchrucker, Cristián; *Nacionalismo y peronismo...*, op. cit., pp. 105-106.

¹³ Por ejemplo, las empresas ferroviarias inglesas tenían el 58% de la red argentina en sus manos. Otro ejemplo serían las empresas Bunge y Born, Dreyfus, La Plata Cereal y L. E. Ridder que, en 1935, controlaban el 80% de la exportación del trigo y del lino argentinos en Mendoza (Ibid., pp. 107-108).

¹⁴ Durante el epílogo de la primera presidencia del radical Hipólito Yrigoyen (1920-1922) fue la etapa de mayor predominio personal de la política argentina, pero se trató de un predominio carente de poder real ya que, en definitiva, este se hallaba en manos de la coalición conservadora controlada por las grandes empresas y el ejército (Rock, David; *El radicalismo argentino...*, op. cit., pp. 205, 262).

¹⁵ Buchrucker, Cristián; *Nacionalismo y peronismo...*, op. cit., p. 104.

Autor: Lidia Bocanegra

origen”¹⁶. R. M. Ortiz, que provenía de las filas del antipersonalismo (contraria a Yrigoyen) del Partido Radical, anteriormente había sido designado por A. P. Justo como Ministro de Hacienda en reemplazo de Federico Pinedo; este cambio respondía al objetivo del Presidente Justo en situar en dicho cargo a una figura que produjera menos reservas en la oposición radical y en la coalición de gobierno¹⁷. La magistratura del nuevo presidente Ortiz estuvo marcada por una segunda etapa del “secreto plan político”, en donde Ortiz “debía administrar una transición destinada a alcanzar su punto culminante en 1944 con el retorno a la presidencia de su predecesor [entiéndase A. P. Justo], esta vez auténticamente ungido por el sufragio universal gracias al apoyo del radicalismo”¹⁸. Sin embargo, este objetivo chocaba de frente contra el PDN y contra los nuevos sucesos acaecidos en Europa. El PDN, en su función como principal sostén parlamentario del Poder Ejecutivo, y por lo tanto con licencia de perpetrar fraudes, veía ahora peligrar su sistema fraudulento. Por otro lado, el 14 de junio de 1940, cuando el presidente Ortiz pronunció su mensaje al Congreso en donde se argumentaba el retorno a la libertad electoral, los ejércitos de Hitler acababan de ocupar París revelando, para no pocos conservadores argentinos, que la era de la democracia liberal se acababa de cerrar. La iniciativa de dos senadores del ala de la extrema derecha, Matías Sánchez Sorondo y Benjamín Villafañe, daría lugar a una trama para derrocar al presidente Ortiz de su mandato. Villafañe presentó un proyecto para la creación de una comisión investigadora sobre hechos sospechosos, vinculados con la compra de un terreno adyacente al acantonamiento militar de Campo de Mayo. De esta manera, Villafañe buscaba una denuncia parlamentaria para sacar a la luz una supuesta, y a la vez inventada, corrupción reinante en las altas esferas de gobierno. Finalmente, el informe de la comisión investigadora acusaba de responsabilidades penales al Presidente Ortiz, provocando la renuncia a la presidencia de éste último. Ortiz elevó su renuncia al Congreso en donde: “acusaba al Senado de haberlo implicado sin nombrarlo en su pronunciamiento sobre el asunto de El Palomar, que ‘inició fuera de los límites de su gobierno’ (...) tras confesar que ‘nunca [sospechó] que pudieran existir manejos dolosos en una operación autorizada sin discrepancias por el Honorable Congreso’ ”¹⁹. El reemplazo del gabinete de Ortiz por el de su vicepresidente, R. S. Castillo, supuso una nueva

¹⁶ Halperín Donghi, Tulio; *La República imposible 1930-1945*, Biblioteca del Pensamiento Argentino, Vol. V, Ariel Historia, Buenos Aires, 2004, p. 236.

¹⁷ *Ibid.*, p. 236-237.

¹⁸ *Ibid.*, p. 237.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 238-243.

continuación triunfal del fraude que, en palabras del propio historiador T. Halperín Donghi, “puso fin definitivo a la tentativa de escapar de la República imposible”²⁰.

¿Cuál fue la ideología en la que se basaba ese nacionalismo restaurador? ¿Cómo afectó el mismo a la inmigración no deseable? Para el historiador C. Buchrucker, esta ideología descansaba en una fuerte fobia antipopular y antidemocrática. La polémica contra el liberalismo se estructuraba en cinco unidades temáticas: se criticaba y consideraba la Ley Sáenz Peña como de antinacionalista; el sufragio universal conducía al predominio de la “plebe”; la democracia no era más que un fenómeno del siglo XIX, la cual se encontraba desorientada e impotente ante los sucesos del presente; se asociaba el liberalismo con la democracia y, ambos, eran considerados como fenómenos anglosajones y anticatólicos, por lo tanto eran incompatibles con lo argentino; y por último, consideraban que la democracia no era más que una etapa en la marcha hacia el comunismo²¹. Todos los nacionalistas restauradores adoptaron la idea de que la izquierda en general, socialismo y sindicalismo, y el comunismo, en particular, eran los peores enemigos de la nación pues veían en ellos el miedo a una “revolución proletaria en todo el mundo”. De hecho, intentaron difundir la imagen de un radicalismo argentino supuestamente infiltrado por comunistas²². Políticamente, el senador de la extrema derecha, Matías Sánchez Sorondo (1932-1936), trató de lograr una ley anticomunista en el Congreso denunciando a todas las organizaciones sindicales como de “subversivas”, tales como la Federación Obrera de la República Argentina (FORA) de orientación anarquista, las confederaciones socialistas-sindicalistas como la Confederación General del Trabajo (CGT), entre otras²³. Por su parte, Manuel Fresco, desde su magistratura en la provincia de Buenos Aires y partidario de una política nacionalista de la talla de M. Sánchez Sorondo, en 1935 prohibiría las actividades comunistas²⁴. En septiembre de 1936, Manuel Fresco reunió en La Plata (provincia de Buenos Aires) a quinientos empleados jerárquicos de la Administración, todos eran fascistas, a los cuales les dirigió la siguiente arenga:

[...] Finalmente, señores, el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires tiene el honor de decir al país que ha sido el único, hasta el momento, que ha tenido la decisión de dictar un decreto

²⁰ Ibid., p. 247.

²¹ Buchrucker, Cristián; *Nacionalismo y peronismo...*, op. cit., pp. 134-137.

²² Ibid., p. 142-143.

²³ Ibid., p. 144. En el capítulo cuarto de la presente investigación se hace referencia a los partidos políticos de la oposición oficialista, así como a las diferentes organizaciones sindicales o gremiales en lo referente a la ayuda humanitaria hicieron con respecto a la República Española, haciéndose, además, un pequeño repaso de las mismas desde el punto de vista de su orientación política.

²⁴ Cabe destacarse, que en el momento de la candidatura de M. Fresco éste se encontraba admirando los logros de la Italia de Mussolini (Pastoriza, Elisa; “La política conservadora, 1930-40”..., op. cit., p. 150).

persiguiendo al comunismo, bajo cuya bandera de odio y sangre se enrolan los desesperados, los fracasados, aquellos que proveen la destrucción de la familia y el hogar; todos aquellos que son partidarios del amor libre [...] Hablo de mi gobierno en nombre de la falange anónima, de los empleados de la Administración [...] y los invito para que organicen y estén listos por si llega el momento de que fuese necesario ocupar un puesto de lucha para la realización de nuestra obra [...].²⁵

No es de extrañar esta actitud política por parte de un gobierno conservador que se hallaba impregnado por una fuerte influencia ideológica de la Italia fascista, entre 1932 y 1936, lo cual fue un factor decisivo en la evolución del nacionalismo restaurador. A partir de entonces, empezaría a proliferar una serie de partidos fascistas en Argentina, tal es el caso del Partido Fascista Argentino (PFA) fundado en 1932 por H. Bianchetti en Avellaneda (provincia de Buenos Aires). Tuvo una vida breve ya que no podía competir con la ya establecida Legión Cívica Argentina (LCA) además de carecer de buenas conexiones con la policía, por ese motivo se produjo una escisión, a principios de 1934, surgiendo una agrupación autónoma bajo el nombre de Fascismo Argentino de Córdoba, los cuales vestían camisas azules. Este grupo acabaría fusionándose, en marzo de 1935, con la delegación regional de la Acción Nacionalista Argentina (ANA) adoptando, primero, el nombre de Frente de Fuerzas Fascistas, más tarde, en 1936, el de Unión Nacional Fascista (UNF), siendo respetada por las grandes agrupaciones de Buenos Aires: LCA, ANA y Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios (UNES)²⁶.

Este fue el marco político de Argentina en el momento de estallar la Guerra Civil española, así como la Segunda Guerra Mundial. Los sucesos europeos quedaban reflejados en un país argentino que, como bien han señalado algunos historiadores argentinos, éste se preocupó mucho más por los sucesos internacionales europeos que por los propios problemas internos. Fuere o no fuere así, lo cierto es que ambos conflictos, la española y la Segunda Guerra Mundial, tuvieron una gran repercusión en Argentina del mismo modo

²⁵ Goldar, Ernesto; *Los argentinos y la Guerra Civil Española*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1996, p. 28. La obra de Ernesto Goldar ofrece un tratamiento periodístico basado exclusivamente en material de hemeroteca acerca de la temática de la Guerra Civil española en Argentina. Se trata de una investigación en donde no se dan indicaciones de fuentes (ausencia de notas a pie de página), con lo que la convierten en una obra limitada por la falta de rigor científico sobre dicho tema.

²⁶ Buchrucker, Cristián; *Nacionalismo y peronismo...*, op. cit., pp. 174-176. Estos movimientos fascistas y falangistas argentinos se fueron desarrollando a imagen y semejanza de sus pares españoles e italianos. El propio PFA, que aprueba sus bases en junio de 1938, era una copia de la Falange Española, tanto es así que los miembros de una organización podían estar simultáneamente afiliados a la otra (Trifone, Víctor y Svarzman, Gustavo; *La repercusión de la guerra civil española en la Argentina (1936-1939)*, Biblioteca Política Argentina, Centro Editor de América Latina S.A., Buenos Aires, 1993, p. 55).

Autor: Lidia Bocanegra

que lo había tenido, en su momento, la Primera Guerra Mundial. Esa continua mirada hacia el continente europeo, y los sucesos que allí se desarrollaban, guiaron a la clase dirigente en su toma de decisiones con la consiguiente repercusión en una sociedad predominantemente inmigrante. En el momento de estallar la Guerra Civil española, en 1936, Manuel Fresco, como gobernador de la provincia de Buenos Aires, fue un decidido devoto de las tesis fascistas utilizando “el estado provincial como base de propaganda y apoyo a la revuelta militar franquista”²⁷. De hecho, a los quince días después de iniciada la insurrección la oficina de prensa del gobernador comunicaba lo siguiente:

[...] Los factores que han inducido al glorioso ejército español a lanzarse a la calle son restablecer el orden público y reintegrar a España en el equipo de sus tradiciones, puestos en peligro por la acción, en la península, de las turbas comunizantes [sic.] bajo el gobierno del señor Azaña [...].²⁸

En Argentina, la opinión pública era en su mayoría pro-republicana a pesar de que había sectores que expresaron su simpatía hacia los franquistas. Uno de los rasgos distintivos de la Guerra Civil española es el trato desigual para los adherentes argentinos, a una u otra causa, por parte de los gobiernos nacionales. El anticomunismo se convierte en la gran excusa del gobierno para prohibir todo tipo de actos pro-republicanos, habiendo un gran interés en confundir comunismo con ideas democráticas y, en nombre del anticomunismo, se persigue a todas las fuerzas opositoras²⁹. Las autoridades argentinas limitaron la actividad de las organizaciones pro-republicanas: en septiembre de 1936 se prohibió en Buenos Aires la realización de asambleas o mítines políticos al aire libre limitándolos, únicamente, a salas cerradas y tras previa autorización policial. En noviembre del mismo año, el Senado aprobó una ley de represión contra el comunismo, este clima provocó que al año siguiente, en 1937, se limitara aún más la posibilidad de organizar mítines políticos públicos. Muchas veces se dispersaron algunas asambleas de solidaridad con la República, a pesar de que se hubieran congregado con las autorizaciones

²⁷ Goldar, Ernesto; *Los argentinos y la Guerra Civil...*, op. cit., p. 27.

²⁸ En el Teatro Coliseo de Buenos Aires M. Fresco alentaba a la flor y nata del “frente nacional” de las derechas a combatir al “popular” de las izquierdas. Se referirá a los simpatizantes de la República Española como: “círculos cuyos componentes has suscripto su adhesión a las hordas”. Se trató de una amenaza que se traduciría en una persecución de las actividades de solidaridad con España en la provincia (Ibid., pp. 27-28). Una de las formas para reprimir esas ayudas, así como las actividades comunistas, fue a través de la imposición de un decreto en donde se prohibía las asociaciones extranjeras.

²⁹ Ibid., p. 31.

Autor: Lidia Bocanegra

correspondientes en regla³⁰. En un informe remitido al Congreso Internacional de Escritores, el Comité Antifascista Argentino señalaba lo siguiente:

[...] En la Argentina se secuestran bibliotecas y se destruyen libros en la Sección Especial de la Policía, como lo que hacen los fascistas en España. En la Argentina no está permitido realizar actos de simpatía hacia España Republicana, pero sí hacia el comando rebelde de Burgos y las dictaduras de Italia y Alemania. Cuando se reúnen más de cinco personas en un local cualquiera la policía se otorga el derecho de detenerlas.³¹

Desde el golpe militar del general Uriburu (1930), el Partido Comunista Argentino (PCA) se proscribió pero, a pesar de su ilegalidad, tuvo una destacada participación en las centrales obreras y, sobre todo, en la movilización de apoyo, fondos y voluntarios para la España Republicana³². El gobierno, por su parte, había creado una sección especial de la policía para reprimirlo.

Todo aquel que llegaba desde España, una vez iniciada la guerra civil, era sospechado de extremismo. De septiembre a octubre de 1936 llegaron al puerto de Buenos Aires cuatro buques que serían los primeros contingentes de refugiados. El primero, *General Osorio*, buque de bandera alemana con doscientos refugiados a bordo. Se les había impedido desembarcar en Brasil y Montevideo con lo que, al llegar al puerto de Buenos Aires, fueron conducidos a la Sección de Investigaciones del Departamento Central de Policía. Uno de los refugiados que iba a bordo fue el escritor Dardeo Cúneo, afiliado al Partido Socialista Español y tildado por las autoridades argentinas de subversivo “presunto”. El 24 de septiembre arribó el buque francés, *Bell Île* y, en el mes de octubre del mismo año, llegarían el barco español *Cabo San Antonio* y el *Cap Norte*, éste último con 174 refugiados a bordo. Todos fueron conducidos al Departamento de Policía para su “identificación”³³. El buque de bandera española, *Cabo San Antonio*, será el más castigado de todos al ser arrestado uno de sus tripulantes, de nombre Ortiz y miembro de la UGT, el cual estaba al mando del

³⁰ Rein, Raanan; “Otro escenario de lucha: franquistas y antifranquistas en la Argentina, 1936-1949, en *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, N° 9, 2do. semestre de 1995, p. 34.

³¹ Goldar, Ernesto; *Los argentinos y la Guerra Civil...*, op. cit., p. 32.

³² Victorio Codovilla, rígido estalinista, sería líder del PCA durante muchos años. Fue enviado por la Internacional Comunista a España, durante los años 30, antes de que estallara la Guerra Civil española y actuando en el campo republicano durante la misma bajo el alias de Medina. Codovilla quiso establecer una cooperación entre los comunistas ibéricos y los socialistas (Rein Raanan; “Otro escenario de lucha: franquistas y antifranquistas...”, op. cit., pp. 35-36). La actuación de Codovilla tenía su precedente dentro del mismo PCA, del cual ocupó el cargo de secretario general, en donde el comunismo argentino adquirió ventajas en el movimiento obrero aliándose con los socialistas (socialismo de izquierdas), en contraposición con los anarquistas con los cuales las relaciones fueron pésimas, y a los que calificaba de “anarcofascistas” (Goldar, Ernesto; *Los argentinos y la Guerra Civil...*, op. cit., p. 140).

³³ *Ibid.*, p. 33.

Autor: Lidia Bocanegra

navío, siendo procesados los 91 restantes por asociación ilícita y desacato a la autoridad teniendo que permanecer a bordo, anclado a 37 kilómetros de la rada del puerto de Buenos Aires, bajo vigilancia policial. Al mando del mismo se hallaba un Comité de Control el cual se había hecho cargo del barco en cumplimiento de un derecho de incautación, promulgado por el gobierno de la República, del día 3 de octubre de ese mismo año³⁴. La prensa contraria a la República propagó la noticia de que el capitán del mencionado barco se hallaba confinado en su camarote por “la acción de fuerza de sus tripulantes, al mando de dos subalternos”, calificándolo como de “buque pirata”³⁵. El embajador de la República, Enrique Díez Canedo, hubo de apresurarse a justificar la actuación de dicho comité argumentando que su Gobierno “obligado por las circunstancias difíciles creadas por la sublevación militar, tuvo que establecer en todos los barcos unos comités de control que aseguraran la leal actuación de las naves”³⁶. En definitiva, y haciendo referencia a la historiadora Mónica Quijada, la llegada del *Cabo San Antonio*, la posterior detención de sus tripulantes, así como el embargo del buque, ponían de manifiesto las contradicciones existentes entre el mantenimiento de las relaciones oficiales con el gobierno de la República y las opiniones pro-franquistas de buena parte del equipo gubernamental argentino. Es decir, puso de manifiesto la brecha existente entre la política oficial y la política oficiosa del gobierno, en un período en donde las presiones de los sectores simpatizantes con el movimiento rebelde se habían incrementado ejerciendo su influencia, de manera notable, en los sectores claves de la Administración. El resultado final del barco fue que, a pesar de la resolución favorable a la República autorizándose su devolución, estuvo retenido hasta el final de la guerra. El motivo se debió a que la casa armadora del mismo, la Compañía Ybarra de Sevilla, se valió de continuos recursos de apelaciones con el apoyo de aquellos altos elementos de la Administración pro-nacionalistas argentinos. Dos años más tarde, en abril de 1939, las autoridades argentinas deciden entregar el vapor *Cabo San Antonio* a las autoridades de Burgos previo pedido de incautación por el mismo pero, esta vez, con el consentimiento de la Compañía Ybarra. Un consentimiento que contrastaba con sus anteriores recursos al gobierno de la República, basándose en una defensa de sus derechos acerca de que ningún gobierno extranjero tenía facultades para incautarse de nada que

³⁴ Dicho Decreto “se amparaba en una disposición del 23 de septiembre anterior, que ordenaba la incautación de diversos barcos mercantes que habían de ser colocados a la disposición del Estado Español [entiéndase el gobierno republicano], con el fin de hacer frente a las necesidades específicas derivadas de la situación bélica” (Quijada Mauriño, Mónica; *Aires de República, aires de cruzada: la Guerra Civil española en Argentina*, Sendai Ediciones, Barcelona, 1991, pp. 48-47).

³⁵ Ibid.

³⁶ Ibid., p. 49.

estuviera en territorio argentino³⁷. Una maraña de tácticas que evidenciaba el antagonismo de peticiones de una compañía armadora que bailaba al son de una música interpretada por una parte importante de aquella Administración pro-franquista. Antes de la entrega del buque se tuvieron que realizar una serie de reparaciones en sus máquinas. La federación de obreros navales resolvió que sus asociados no trabajaran: “en el vapor español *Cabo San Antonio* que, como se sabe, [argumentaba] transportará a España [franquista] un fuerte cargamento de trigo”³⁸. La resolución de la federación decía así:

[...] Que los obreros agrupados en torno a esta organización no realizarán ningún trabajo en dicho buque, como tampoco en los que puedan entrar, del mismo origen, manteniendo esta resolución mientras quede un solo palmo de terreno defendido por el ejército del pueblo español.³⁹

Esta acción de los obreros fue una de las formas de manifestación en pro de la ayuda republicana, siempre, bajo la amenaza o el peligro de que fueran deportados. La deportación por parte de las autoridades argentinas de los obreros o manifestantes, simpatizantes de la República española, era una manera de inhibir los actos públicos-propagandísticos de estos grupos político-sociales. Los periódicos de izquierdas serán los que se atrevan a dar nombres y apellidos de aquellas personas que iban a ser, o habían sido, deportadas por sus actos. El gobierno argentino, amparándose en la draconiana ley de residencia, podía expulsar sin consideración alguna a cualquier persona inmigrante independientemente de los años que llevara viviendo en territorio argentino. Un ejemplo de ello nos lo ofrece el diario socialista marplatense *El Trabajo* que, en enero de 1939, publicará un artículo en donde se daba a conocer la noticia de que cuatro obreros panaderos españoles, que anteriormente habían sido procesados aunque el periódico no especificaba el porqué, fueron embarcados con destino a Barcelona. El motivo de la expulsión recae en la ley de residencia cuando, precisamente, estos obreros llevaban de 15 a 35 años de residencia en el país⁴⁰. El Partido Socialista Argentino (PSA) intervino, en una ocasión, intercediendo a favor del obrero Ambrosio Villa el cual “fue detenido arbitrariamente en La Plata”. El PSA mandó un telegrama al presidente de la República pidiendo la no deportación de dicho obrero, además de pedir que se dejara “sin efecto órdenes de expulsión del país que pesan

³⁷ Ibid., pp. 50-52.

³⁸ *El Trabajo* 01-04-1939 N° 5867.

³⁹ Ibid.

⁴⁰ Los deportados fueron: Gonzalo Doural, de 33 años, casado y con 16 años de residencia en el país; David Antonio González, de 30 años de edad, casado y también con 16 años de residencia; Fernando Prego, 55 años, casado y con 37 años de residencia; y José García Ley, casado, de 38 años y con 20 años de residencia (*El Trabajo* 03-01-1939 N° 5793).

Autor: Lidia Bocanegra

sobre otros militantes obreros detenidos en la cárcel de Villa Devoto”⁴¹. Finalmente, el comisario de Investigaciones puso en libertad al obrero Ambrosio, y a un tal Laurenti, quedando en la cárcel el resto de militantes. Este par de artículos son un ejemplo de la represión y coerción, anteriormente comentada, por parte de las autoridades argentinas que ponían en práctica contra todo militante de partido político de oposición, así como a los miembros de organizaciones obreras y sindicales tildados, la mayoría de ellos, de comunistas. Dicha coerción tenía sus bases en el proyecto de ley anticomunista, presentado por Matías Sánchez Sorondo en la Cámara de Senadores, como se ha comentado anteriormente, el cual estaba destinado a la represión de las actividades de dicha doctrina política, en donde se preveía de 6 meses a 5 años de prisión para los inculpados de realizar propaganda a favor de esa ideología; el castigo se extremaba para aquellos extranjeros o ciudadanos naturalizados traduciendo en la expulsión (deportación) del país al cabo de la condena para ambos, así como la pérdida de la ciudadanía argentina para los naturalizados⁴². La identificación de todo liberal partidario de la República española como “rojo”, tal y como comenta la historiadora Mónica Quijada, se vio “considerablemente favorecida por el protagonismo que en el movimiento de apoyo a la misma adquirieron tanto comunistas como anarquistas, formaciones políticas que habían sido declaradas ilegales por el gobierno argentino”⁴³.

La guerra de España, así pues, fue vista por los nacionalistas restauradores argentinos como una cruzada contra las fuerzas del mal y del comunismo, algo así como la “Guerra Santa” que había anunciado uno de los ideólogos nacionalistas más influyentes, J. Meinvielle:

[...] Los comunistas luchan por el odio a Cristo; los nacionalistas por Cristo, cuyo amor no quieren dejarse arrebatarse [...] Es una guerra entonces santa no sólo psicológicamente sino objetivamente porque [...] nos va a dar una España Cristiana [...] Con la guerra española comienza la reconquista cristiana del mundo apóstata.⁴⁴

Las tesis de J. Meinvielle fueron bien recibidas por los comités de solidaridad con la España franquista que actuaban en Buenos Aires, siendo las más activas: la Organización Monárquica Española de Beneficencia (dirigida por la princesa María Pía de Borbón de Padilla) vinculada a la Agrupación Monárquica Española (dirigida por Julio Burillo); el

⁴¹ *El Trabajo* 03-05-1939 N° 5891.

⁴² Quijada Mauriño, Mónica; *Aires de República...* op. cit., pp. 62-64.

⁴³ *Ibid.*, pp. 63-64.

⁴⁴ Meinvielle, J.; “De la Guerra Santa”, *Criterio* n° 494, 19 agosto 1937 (Buchrucker, Cristián; *Nacionalismo y peronismo...*, op. cit., p. 182).

Centro de Acción Española; los Legionarios Civiles de Franco (creada por Soledad Alonso de Drysdale y el conde de Guadalhorce); la sección extranjera de la Falange Española y otras. Las ayudas consistían en la realización de colectas, actos, envío de legionarios al bando franquista, mítines y, sobre todo, la realización de numerosos banquetes que consistían generalmente en almuerzos de plato único “al más puro estilo de la Alemania nazi”⁴⁵. Es interesante constatar que el sector de la comunidad hispana que integraban dichas agrupaciones fueron principalmente comerciantes, muchos de los cuales habían logrado amasar respetables fortunas ocupando una posición relevante tanto en la comunidad de inmigrantes españoles como en la misma sociedad receptora. Dicha colectividad “no podían comulgar con un régimen que ponía en peligro, a sus ojos, lo que les era más caro [deseo de orden y defensa de la propiedad]. Por esa razón se adhirieron a la sublevación de julio”⁴⁶. Dentro de este movimiento de solidaridad con la España Nacional no desempeñaría un rol importante la Sección Argentina de la Falange Española y de las JONS, constituida entre junio y julio de 1936, estando subordinada a las directrices del delegado de Burgos en Buenos Aires, Juan Pablo de Lojendio, “de cuya actuación dependía para cualquier acción de solidaridad”⁴⁷. La creación de la misma, en opinión de la historiadora Mónica Quijada, no respondió a una decisión de la Delegación Nacional del Servicio Exterior de la Falange Española, sino que se trató de la iniciativa autónoma de un grupo de españoles de residencia antigua en el país. Dicho grupo empezaría a relacionarse con algunos falangistas españoles recientemente llegados a Argentina que venían huyendo de la represión desatada en la Península, contra organizaciones de extrema derecha, habiendo vestido ya, con anterioridad, la camisa azul. Antes de la fundación de esta filial, aquellos miembros de la colonia española que abogaban por una ideología afín, aspirando a una militancia activa, habían optado por adherirse a alguna de las organizaciones

⁴⁵ Los almuerzos de plato único fueron introducidos en España por el general Queipo del Llano, como copia de la usanza de la Alemania nazi, donde los clientes recibían un solo plato pero pagaban tres entregándose la diferencia a las autoridades (Trifone, Víctor y Svarzman, Gustavo; *La repercusión de la guerra civil...*, op. cit., pp. 52 y 64). En las comidas de plato único celebradas en Buenos Aires por los Legionarios Civiles de Franco el cubierto podía costar entre 20 o 30 pesos, incluso, a veces más (Quijada Mauriño, Mónica; *Aires de República...* op. cit., p. 106).

⁴⁶ Igual comportamiento tuvo la Cámara Española de Comercio de Buenos Aires quien, a comienzos de 1937, declararía su adhesión al gobierno de Burgos por considerar que en la zona franquista: “el comercio y la industria se desenvuelven normalmente y el pueblo goza de toda clase de garantías en el desarrollo de sus actividades lícitas” (Quijada Mauriño, Mónica; *Aires de República...* op. cit., p. 106).

⁴⁷ Juan Pablo de Lojendio arribó a Buenos Aires, en diciembre de 1936, con el objetivo de centralizar el movimiento de auxilio pro-nacionalista, asimismo para hacerse cargo de la jefatura del servicio de prensa y propaganda para toda América del Sur. Hacia mediados de 1937, la gestión de ese auxilio, prácticamente la totalidad del mismo, pasaba por sus manos excepto el control de los Legionarios Civiles de Franco, caracterizados, éstos últimos, por su desvinculación de todo organismo con carácter o fines políticos. La centralización de Lojendio puso fin a la dispersión inicial de la ayuda humanitaria pro-franquista, así como permitió orientar los aportes hacia los rubros que las autoridades nacionalistas de España consideraban más necesarios (Ibid., pp. 104, 189, 193, 195).

Autor: Lidia Bocanegra

nacionalistas argentinas: Legión Cívica Argentina, entre otras. Aquella situación, remitiéndonos nuevamente a la historiadora Mónica Quijada, “facilitó posteriormente un contacto bastante estrecho entre Falange y alguno de esos grupos, así como con las agrupaciones fascistas y nazis surgidas en el seno de las colectividades italianas y alemanas de Argentina”⁴⁸. El falangismo argentino fue partícipe de la adopción de una conducta independiente a las impuestas por la matriz española, una actuación que estaba reforzada por la toma de conciencia de que podía escapar a las posibles coerciones (represiones) franquistas. Es decir, si bien la filial argentina pasó a ser dirigida por elementos vinculados a la Junta de Salamanca, la cual había hecho extensivo aquel decreto de unificación de Falange Española Tradicionalista y de las JONS en 1937, tanto los tradicionalistas como los miembros de Acción Española se negaron a disolverse y aceptar dicha unificación notificándolo, incluso, en los órganos de prensa. Esta actuación ponía de manifiesto, en opinión de la historiadora Mónica Quijada, la ineficacia del control franquista más allá de sus fronteras, así como la “inexistencia de vínculos materiales del país de origen por parte de dichas organizaciones”⁴⁹. Es decir, ponía de manifiesto una realidad de coyuntura político-social y económica diversa de la española de la que eran partícipes los falangistas argentinos y no aquel falangismo español.

La iglesia católica argentina también aportaría su granito de arena a la causa rebelde. La mayoría de la cúpula jerárquica eclesiástica apoyó la causa franquista. Para aquellos clérigos más autoritarios los eventos de España “demostraban que se debía abandonar por completo la democracia y el liberalismo, ya que conducían necesariamente al caos social, a revoluciones y a guerras”⁵⁰. La legitimación que dio la iglesia española a la “Cruzada” de Franco tuvo una gran comprensión, y aceptación de la misma, por parte de la iglesia argentina. No es de extrañar esta actitud porque, entre otras cosas, el arzobispo de Toledo, Isidro Gomá y Tomás, había asistido en 1934 al Congreso Eucarístico Internacional realizado en Buenos Aires. Allí entablaría amistad con religiosos locales manifestándoles

⁴⁸ Asimismo, Falange estuvo mayormente vinculada ideológicamente en los sectores afines al nacionalismo argentino y de las minorías italianas y alemanas “con quienes solía compartir sus actos públicos, que en la mayoría de aquellos que intentaban contribuir con su óbolo a la salvación de España de las «hordas rojas»” (Ibid., pp. 104 y 107). La historiadora Mónica Quijada hace una reflexión bastante interesante acerca de la fundación de Falange en Argentina, así como el rol que tuvo durante las campañas de solidaridad con el bando franquista.

⁴⁹ Tras la orden de unificación de Falange fueron enviados al país argentino cuadros militantes de la Península en misión de propaganda, así como para realizar la organización de la filial argentina. Primero se hizo cargo de la organización Juan Martín Catano quien, meses después, fue reemplazado por Rafael Duyos (Ibid., pp. 108 y 125).

⁵⁰ Los órganos de prensa de los católicos, tales como el diario *Pueblo* o el semanario *Criterio* que dirigía desde 1932 Monseñor Gustavo Franceschi, desde el momento en que comenzaron los combates estas publicaciones destacaban el desorden en la zona republicana y, especialmente, el daño a instituciones y personas religiosas (Rein Raanan; “Otro escenario de lucha: franquistas y antifranquistas...”, op. cit., pp. 38-39).

Autor: Lidia Bocanegra

“sus concepciones autoritarias, sus críticas a la República Española y su postura en lo relativo al lugar que debe ocupar la Iglesia en el estado moderno”⁵¹. Desde el primer momento del estallido del conflicto español, la iglesia argentina se moviliza a favor de las campañas de colectas para la rehabilitación de iglesias, monasterios o elementos de culto dañados o deteriorados por los “rojos”; unas campañas iniciadas e inspiradas por el primado de la iglesia argentina: cardenal Santiago Luís Copello. Colaboraría con estas ayudas monseñor Franceschi quien partiría, en marzo de 1937, rumbo a la España franquista para entregar personalmente dichas donaciones. Durante tres meses recorrió las zonas bajo dominio franquista convirtiéndose, a su vuelta a Buenos Aires, en el principal defensor de la causa nacionalista ante la opinión pública a través del semanario *Criterio*. Tan sólo una pequeña minoría de católicos liberales apoyaría la causa Republicana y, durante la Segunda Guerra Mundial, a los aliados agrupándose desde 1941 alrededor de la revista *Orden Cristiano*⁵².

Al finalizar la Guerra Civil española, en la literatura política española y argentina de esos años ocuparía el primer plano ideológico el tema de la “Hispanidad” de Ramiro de Maeztu “como una comunidad permanente basada, no ya en la raza o el territorio, sino en el habla y e credo”⁵³. Con frecuencia, esta idea de Hispanidad fue relacionada con otros conceptos falangistas tales como los de “Imperio” y “totalitarismo cristiano”⁵⁴. Ramiro de Maeztu fue uno de los ideólogos que más influyó en los círculos derechistas locales, siendo portavoz de José Antonio Primo de Rivera el cual le otorga, por sus méritos y teorías, en 1927, el cargo de embajador de España en la Argentina. De Maeztu “vaticina el triunfo de la hispanidad mediante la unión autoritaria de España y Latinoamérica contra sus enemigos peores: el comunismo ruso y el anticatolicismo norteamericano”⁵⁵.

En definitiva, haciendo referencia nuevamente al historiador Cristián Buchrucker, el fascismo argentino, a pesar de mostrar todas las características fascistas europeas, el predominio de su ultra-tradicionalismo católico ideológicamente correspondía mucho más al modelo franco-falangista que al fascismo italiano. Sin embargo, en lo relativo a las modalidades de organización, las agrupaciones argentinas imitaron preferentemente al fascismo italiano (generalización del saludo fascista, organizaciones de milicias armadas...), pero ninguna de estas agrupaciones, tales como la Legión Cívica Argentina (LCA), Legión Nacionalista (LN), etc., lograron imponer un único líder ni un gran partido hegemónico.

⁵¹ Ibid.

⁵² Ibid.

⁵³ Buchrucker, Cristián; *Nacionalismo y peronismo...*, op. cit., p. 183.

⁵⁴ Ibid.

⁵⁵ Goldar, Ernesto; *Los argentinos y la Guerra Civil...*, op. cit., p. 73.

Finalmente, las raíces sociales y psicológicas de la gran amalgama de población argentina, predominantemente inmigrante, hizo que no existiera un potencial para las manifestaciones extremas que pudiera compararse a los niveles de Alemania, Italia y España⁵⁶. Hacia 1940, se hizo evidente para el nacionalismo restaurador que “el intento de movilizar políticamente a los ‘argentinos viejos’ contra el extranjero supuestamente ‘rebelde’ había fracasado”⁵⁷. Ello se debía a la rapidez del proceso de integración que había sufrido la población argentina, con respecto a aquella magnánima corriente de inmigrantes que conmovió al país a principios del siglo XX. De esta manera, el pluralismo del pueblo argentino se impuso “contra los maestros de las doctrinas xenófobas”⁵⁸. En este sentido, cabe destacarse la composición social de esos inmigrantes y de cómo fueron situados en la pirámide social argentina. A pesar de sus modestos orígenes ocupaban una posición relativamente alta en la pirámide social, pues “desde ya tenían la aristocracia de la piel, y aunque muchos provinieran de zonas bastante atrasadas del Sur de Europa, traían un caudal de cultura campesina o artesanal que les facilitaba saltar por encima de las clases populares nativas, y aún de los estratos medios del interior”⁵⁹. Así pues, haciendo referencia al historiador Torcuato S. Di Tella, parece ser que quienes tenían más problemas de adaptación fueron los nativos y no los inmigrantes, asimismo, tanto la burguesía empresaria urbana como la clase obrera, sobre todo cualificada, eran abrumadoramente extranjeras (no sólo inmigrantes) reteniendo su ciudadanía original. Por otro lado, los argentinos se concentraban entre los estancieros, los militares, los funcionarios públicos, la clase media tradicional, sobre todo del interior, y los sectores bajos de las clases trabajadoras⁶⁰. Los inmigrantes privilegiaron la acción corporativista (actividad asociativa cultural y profesional) para defender sus intereses, dada la poca repercusión que las iniciativas de los extranjeros podían tener en el ámbito electoral, del cual no formaban parte, pues no quisieron obtener, la mayoría de ellos, la ciudadanía argentina. Al no poder votar, la gran mayoría de estos miembros de la burguesía y la clase obrera, su influjo en el ámbito electoral y en la formación de partidos se vio seriamente reducido. Es importante destacar, asimismo, que buena parte de la dirigencia política no tenía muchos deseos de facilitar la nacionalización de los extranjeros, “cuya preponderancia y eventual izquierdismo se temía”⁶¹. Esto produjo, según Torcuato S. Di Tella, que el desarrollo de un sistema institucional capitalista moderno se viera seriamente

⁵⁶ Buchrucker, Cristián; *Nacionalismo y peronismo...*, op. cit., pp. 231-232.

⁵⁷ Ibid., 215.

⁵⁸ Ibid.

⁵⁹ Di Tella, Torcuato S.; “El impacto migratorio sobre el sistema político argentino”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 12, Buenos Aires, agosto 1989, p. 211.

⁶⁰ Ibid., p. 213.

⁶¹ Ibid., pp. 214-222.

Autor: Lidia Bocanegra

afectado, ya que para que se desarrollara éste dependía, en buena medida, de la acción de la burguesía comercial e industrial, así como del proletariado⁶².

Otra de las doctrinas xenóforas de ese nacionalismo restaurador, cuya literatura alcanzó su máxima difusión en la “década infame”, fue el discurso antisemita. En dicha literatura (Meinvielle, Filippo y Degreff...) el judío aparecía como un “ser satánico” manipulador a escala mundial y el núcleo motor de todo lo negativo, se hablaba, además, de una “acción judaica” que se realizaba en la sombra, siendo los gobiernos “túteres” de los judíos. Se afirmaba, igualmente, que los judíos no se dedicarían a trabajos productivos sino, exclusivamente, a la manipulación del oro y de los poderes financieros, tan solo la usura sería la base de su influencia. Por último, se afirmaba que el antisemitismo era una auténtica tradición hispano-argentina y no solamente una moda ideológica traída desde Francia o Alemania⁶³. Indiscutiblemente, tanto en la sociedad como en la economía y política Argentina hubo una influencia decisiva del nazismo alemán. Tal y como nos comenta Cristián Buchrucker, un importante sector de la colectividad germana así como las agrupaciones nacionalistas:

habrían sido en última instancia agentes del Tercer Reich, es decir, peones en un ambicioso proyecto de establecer regímenes “marionetas” de carácter fascista en Sudamérica, tendientes a arrebatar a los Aliados importantes posiciones estratégicas y económicas. Por último, también en este continente [Latinoamérica] se habría querido ganar “espacio vital” para el Reich.⁶⁴

Dicha actuación alemana respondía a una política, iniciada en 1934, de la Delegación Comercial Alemana para Sudamérica con el objetivo de ganar una participación creciente en las exportaciones de materias primas argentinas y, a su vez, incrementar la importación de artículos industriales alemanes en el comercio argentino. Referente al “espacio vital”, que tanto anhelaba el Tercer Reich en tierras sudamericanas, respondía a unos deseos de propagar la ideología nazi dentro de las colonias alemanas ya ubicadas en inmigraciones anteriores en dichos países. El objetivo de Hitler era la de crear una red logística desde Méjico hasta la Antártica, realizándose una serie de expediciones a tal fin en 1939. En más de una ocasión, Hitler había comentado que Sudamérica era un “continente útil” para la penetración alemana, sobre todo Brasil, en donde vivían desde hacía muchos años familias de alemanes latifundistas. Argentina tampoco escaparía a la política expedicionaria nazista: el 13 de diciembre de 1939, en el Río de la Plata se hunde al

⁶² Ibid., p. 215.

⁶³ Buchrucker, Cristián; *Nacionalismo y peronismo...*, op. cit., pp. 144-149.

⁶⁴ Ibid., p. 184.

Autor: Lidia Bocanegra

submarino alemán *Graf Spee*, suicidándose el capitán y consiguiendo escapar el resto de la tripulación⁶⁵. Referente a las agrupaciones políticas alemanas, estaba la Organización Extranjera del Partido Nacionalsocialista (en adelante NSDAP/AO), el cual llevó a cabo una política de afianzamiento de la estirpe (*Volkstumspolitik*) consistente en el pensamiento del racismo nórdico y las tendencias anticristianas del nacionalsocialismo. Precisamente, esta política de afianzamiento de la estirpe dificultó el desarrollo de una actitud germanófila en amplios sectores de la población argentina, a diferencia de las organizaciones extranjeras que operaban en el país tales como el Partido Nacional Fascista italiano y la Falange Española, las cuales no se oponían al proceso de “argentinización”. No debe olvidarse que estos dos partidos fascio-falangistas contaban, culturalmente, con una posición mucho más favorable que el Partido Nacionalsocialista debido a que familias italianas y españolas constituían la raíz reciente de la mayoría de los argentinos. La actuación del NSDAP/AO provocó que, entre 1938 y 1939, las relaciones diplomáticas entre la Argentina del presidente Ortiz con la Alemania del *Führer* se vieran seriamente afectadas por la “conducta irresponsable” de dicho partido alemán, ya que “no podían tolerar la formación de una colectividad alemana con una politización racista del país”⁶⁶. Esta situación llevó a que el ministerio alemán de Relaciones Exteriores limitara la acción de dicho partido, provocando un giro en cuanto a su línea de actuación. De esta manera, a partir de 1939 la NSDAP/AO cree oportuno ocultar su racismo y sus tendencias anticristianas, a fin de mostrar un frente común con las potencias fascistas y nacionalistas argentinas. Ésta fue la política que llevaría a cabo Gauleiter Bohle, encargado de la NSDAP/AO, en colaboración con el ministerio de Relaciones Exteriores alemán en plena cooperación con el ministerio de Propaganda que, entre 1939 y 1943, mediante la utilización de la radio, la prensa escrita y el apoyo financiero de personalidades y agrupaciones políticas, más o menos influyentes, pudo afianzar su dominio ideológico entre la sociedad basado éste, sobre todo, en la “tarea de mostrarle al mundo la verdadera figura del judaísmo y del bolchevismo”⁶⁷. En el momento de finalizar

⁶⁵ El periódico marplatense, *El Trabajo*, ya alertaba en el mes de noviembre de 1939 de la presencia de submarinos nazis en aguas territoriales sudamericanas. (*El Trabajo* 22-11-1939 N° 6061). Un mes más tarde publicaba la noticia de la “supuesta presencia” de un buque de guerra alemán que estaba operando en los canales del sur en Tierra del Fuego, desde donde estarían operando a través de aviones camuflados. El periódico comentaba la posición geográfica de esos canales, próxima a las islas Malvinas, que suponía una posición geográfica estratégica para los alemanes (*El Trabajo* 09-12-1939 N° 6076). La ambición territorial del Tercer Reich, en cuanto a la posesión de las islas Malvinas, ya fue denunciado por *El Trabajo* en el mes de abril del mismo año (*El Trabajo* 06-04-1939 N° 5870).

⁶⁶ El 15 de mayo de 1939, el presidente Ortiz disolvió la sección argentina (*Landesgruppe*) de la NSDAP/AO por decreto. En realidad siguió funcionando, de manera modesta, bajo el nombre de Federación de Círculos Alemanes de Beneficencia y Cultura (Buchrucker, Cristián; *Nacionalismo y peronismo...*, op. cit., p. 185).

⁶⁷ Algunos periódicos y revistas argentinas recibieron apoyo financiero alemán durante esos años: *El Pampero*, *Clarínada*, *Choque*, *Momento Argentino* y *Cabildo*. Mientras que *Crisol*, *Hechos*, *Bandera Argentina*, así como los diarios especializados de las correspondientes colectividades tales como: *Diario Español*, *Il Mattino d'Italia* y,

la Segunda Guerra Mundial, el todavía activo Tercer Reich crea una organización de los miembros de las SS (*Schutzstaffeln*- Grupos de Defensa-) llamada: *Organisation Der Ehemaligen SS-Angehörigen* (ODESSA)⁶⁸. Se trató de un proyecto que constituiría un fuerte punto de apoyo y salvación de los grandes jerarcas nazis que, tras la derrota nazista de la Segunda Guerra Mundial y seis meses después de finalizada la misma en 1945, ayudaría a que tuviera éxito la última misión de los submarinos alemanes bautizada “Ultra Mar Sur”, atracando en Buenos Aires y en Patagonia con altos mandos militares alemanes, dinero y mercancías varias, bajo la mirada cómplice de los grandes protectores de los nazis: Juan Domingo Perón y Eva Perón⁶⁹. Este hecho remarca el importante influjo nazista que había tenido, y seguía teniendo, dentro de la cúpula gubernativa argentina y determinados sectores nacionalistas helvéticos, así como argentinos, de dicha sociedad.

Dentro de este clima de xenofobia antisemita y anticomunista, ideas predominantes entre la cúpula dirigente argentina, se gestaron las leyes restrictivas en política migratoria. Los refugiados republicanos españoles, así como los refugiados judíos, fueron catalogados de “inmigrantes indeseables”, terminología frecuentemente utilizada para referirse a aquellos exiliados provenientes “de lo peor que expele Europa”. A través de una proliferación de decretos, por parte de los diferentes gobiernos de turno, en las décadas de 1930 y 1940, fueron restringiendo hasta lo paradójico las migraciones de todo un contingente de refugiados provenientes tanto de la Italia fascista, primero, de la Guerra Civil española, así como de la Segunda Guerra Mundial, después. El gobierno intentó ocultar dichas normativas restrictivas a través de aquel discurso de protección de la mano de obra nacional frente al desempleo, restricciones que se consolidarán en la década de 1940 con el auge de los movimientos nacionalistas que demandaban una defensa de la

naturalmente, el *Deuchste La Plata Zeitung*, utilizaban los servicios de la agencia alemana de noticias Transocean (Ibid., pp. 184-191).

⁶⁸ Traducido: “Organización de los ex miembros de las SS”.

⁶⁹ Capuzzo Dolcetta, Marco (Dir); *La grande storia. Odessa*, Rai Trè, Roma, 2002 [Documental]. Los *mass media* argentinos de 1945 se hicieron eco de la llegada de estos submarinos alemanes. El 13 de julio de 1945 emerge el submarino alemán: U-530 con jerarcas nazis a bordo, con un total de 34 tripulantes. Los medios de comunicación, haciéndose eco de las informaciones dadas por Londres y Washington, alertan de la llegada de “varios más por la desembocadura del río de La Plata”. El 17 de agosto del mismo año, a ocho millas mar adentro del puerto marplatense, emerge el submarino alemán, U-977, también con 34 tripulantes a bordo. (*Libro diamante histórico y periodístico. 75° Aniversario La Capital de Mar del Plata, 25 de mayo 1905-1980, La Capital*, Mar del Plata, 1980, p. 97 y 99). Los servicios de inteligencia de Francia poseían información de primera mano acerca de la presencia en la Argentina de refugiados nazis. En julio de 1949, la embajada de Francia en Argentina envió a París una lista nominal de más de cuarenta alemanes, ex agentes nazis, que desempeñaban en reparticiones oficiales argentinas con indicación precisa de la repartición en la que trabajaban y de la profesión que ejercían (Quattrocchi-Woisson, Diana; “Relaciones con la Argentina de funcionarios de Vichy y de colaboradores franceses y Belgas, 1940-1960”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 43, Buenos Aires, diciembre 1999, p. 213).

Autor: Lidia Bocanegra

cultura nacional frente a la penetración extranjera⁷⁰. En definitiva, a pesar de los discursos de defensa del trabajador nacional, así como el de la cultura e integridad argentina frente a “entes extranjeros”, detrás de todo ello se escondía una realidad mucho más amplia que descansaba en un miedo a la penetración de “elementos agitadores de izquierdas”, supuestamente empapados por la ideología comunista, así como un miedo a la degradación de la raza en función de la influencia negativa que podían ejercer los judíos con sus prácticas económicas reflejadas en la usura y su anticatolicismo.

Así pues, en el caso del refugiado republicano español, éste no tenía cabida en un país como Argentina que, entre 1936 y 1949, a través de los diversos gobiernos, civiles o militares, oligárquicos o populares (bajo la presidencia de R. M. Ortiz, R.S. Castillo, Pedro Pablo Ramírez, Edelmiro J. Farrell y J. D. Perón) apoyaron en mayor o menor medida al franquismo. Para el historiador Raanan Rein, el hecho de que estos gobiernos apoyaran a Franco se debía a una concepción, por parte de estas autoridades argentinas, de defensa de los intereses nacionales basados en el “mantenimiento del orden social, protección de los intereses económicos, defensa de la soberanía nacional ante presiones norteamericanas y demostración de independencia en la política exterior”⁷¹. Por otro lado, la iglesia local más autoritaria, que durante la Guerra Civil española se había mostrado ideológica y activamente a favor de la causa nacionalista, al finalizar la misma se opuso a que se otorgaran visas de entrada a los exiliados republicanos⁷².

El refugiado que llegaba a tierras argentinas durante, y después, del conflicto se encontraba con una opinión pública mayoritariamente pro-republicana en claro contraste con la opinión de la cúpula dirigente que era pro-nacionalista. En este sentido, tal y como comenta Raanan Rein, tiene mucho que ver la política adoptada por el gobierno de Burgos y las instrucciones dadas a sus representantes en América Latina, instruyéndoles para que concentraran sus esfuerzos en los estrechos círculos de la cúpula del gobierno, las fuerzas armadas, la iglesia y la comunidad española dejando de lado la idea de intentar cambiar la opinión pública en general, por lo menos, hasta que acabara la contienda. El motivo se debía, a que la lucha contra esos amplios sectores de la opinión pública, tanto en Argentina como en otros países latinoamericanos, suponía un gran esfuerzo por la magnitud de la misma, así como los reducidos recursos financieros del que disponía el gobierno de Burgos⁷³. En Buenos Aires, el representante oficial del gobierno de Burgos y

⁷⁰ Marmora, Lelio; “Las migraciones en el proceso de integración de las américas”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 23, Buenos Aires, abril 1993, p. 87.

⁷¹ Rein Raanan; “Otro escenario de lucha: franquistas y antifranquistas...”, op. cit., p. 32.

⁷² Ibid., p. 39.

⁷³ Ibid., pp. 41-42.

Autor: Lidia Bocanegra

posteriormente nombrado embajador de la misma, Juan Pablo de Lojendio, tras la victoria franquista actuó como un fuerte contrapeso a favor de la concepción del refugiado republicano como la de un “agitador comunista” y la de una amenaza para la sociedad argentina.

Hasta ahora se ha hecho referencia a la situación político-económica de Argentina en general, pero: ¿cuál fue el perfil político-social de la ciudad de Mar del Plata en 1939? Para esa época, y desde 1934, ocupaba la Intendencia marplatense el conservador José J. Camusso, caracterizando su mandato la estrecha relación colaboracionista con la gestión bonaerense del gobernador M. Fresco⁷⁴. Se trató de una relación política bidireccional en donde Fresco percibiría la ciudad de Mar del Plata como un lugar en donde debían concretarse una serie de obras públicas, ya que la consideraba “una verdadera ‘vidriera’ al país”, y en donde el Intendente Camusso adoptaría “como modelo de gobierno al del

⁷⁴ Mar del Plata estuvo gobernada por el socialismo durante más de un decenio. Antes de su llegada al poder, la ciudad marplatense estuvo dirigida por caudillos conservadores los cuales habían establecido una estrecha vinculación entre la dirigencia local, conformada ésta por hacendados y grandes empresarios, y la élite provincial y nacional que tenían su lugar de expresión en el selecto Club Mar del Plata. Los socialistas accedieron al gobierno de la Comuna en las elecciones municipales de 1916. Poco a poco, se iniciaría un fuerte ascenso electoral del socialismo, siendo los años 20 el período de claro predominio electoral para el Partido Socialista. De hecho, en 1926, los votos de radicales y conservadores sumados no alcanzaban a derrotar al Partido Socialista permitiendo, de esta manera, la reelección de Teodoro Bronzini como Intendente en 1927 (Da Orden, María Liliana; “Los socialistas en el poder. Higienismo, consumo y cultura popular: continuidad y cambio en las intendencias de Mar del Plata. 1920-1929”, en *Anuario del IEHS*, N° IV, Tandil, 1991, pp. 267 y 270). Un predominio socialista que, salvo en algunas pequeñas interrupciones de la Intendencia por parte de los radicales: J.C. Gascón, L. Arrué y P. Errecaborde, duraría hasta 1929, año de la destitución del Intendente socialista Teodoro Bronzini. Dicha destitución fue debida a una serie de acusaciones dadas por parte de la oposición radical y conservadora, los cuales denunciaron al Poder Ejecutivo de violar la ordenanza general de impuestos. La denuncia se basaba en el cobro, por parte de la Intendencia, del impuesto de los terneros sin respetar aquel acuerdo de radicales y conservadores de rebajar 0.50 pesos dicho impuesto con respecto al de los vacunos. Sin embargo, la Intendencia de Bronzini había continuado cobrando el mismo impuesto de los terneros que por los de los vacunos afaenados en el matadero municipal. La destitución de Bronzini fue una situación confusa, en donde se mezclaban una serie de intenciones por parte del partido radical (que había sido el partido gobernante, tanto en la Provincia de Buenos Aires como en el Gobierno Nacional durante el exclusivo predominio del socialismo en la ciudad de Mar del Plata, que no dejó de obtener la mayoría de los votos desde 1916 hasta su caída en 1929) y de la élite conservadora. Ésta última, veía con recelo el gobierno socialista, de pleno corte popular, pues se trataba de un gobierno que no representaban sus intereses como oligarquía minoritaria (Da Orden, María Liliana; “El predominio socialista, 1916-1929”, en *Mar del Plata. Una historia urbana*, Fundación Banco de Boston, Buenos Aires, 1991, pp. 129-133, 146). Siendo destituido Teodoro Bronzini por el Gobierno bonaerense del radicalismo, una intervención reforzada por las autoridades emergentes del golpe militar, empezaron a sucederse toda una lista de designaciones compulsivas en Mar del Plata legitimadas, siempre, por aquellas autoridades bonaerenses nacidas del golpe militar de Uriburu: Emilio N. Grau, Ricardo M. Vedoya, Manuel González Guernico, Antonio A. Vignolo, Juan B. Rossi, hasta que, en 1932, se retornaría al sistema eleccionario de gobierno Comunal por intendentes, así como el funcionamiento del Concejo Deliberante. Asumirá el cargo de Intendente en 1932, y hasta 1934, Antonio Vignolo. En 1934 ocuparía la cartera ejecutiva José Camusso, cargo que desempeñaría hasta los primeros meses de 1940, momento en que la Presidencia de la Nación resolvió intervenir a la Provincia de Buenos Aires traduciendo en el fin de la gestión de Manuel Fresco y una vuelta más, para muchos municipios bonaerenses, al sistema de comisionados. La designación de J. Camusso, perteneciente al Partido Demócrata Nacional (PDN), al igual que su antecesor A. Vignolo, provocó una escisión en las filas del PDN produciéndose una fracción opositora encabezada por José Colombo (Pastoriza, Elisa; “La política conservadora, 1930-40”, en *Mar del Plata. Una historia urbana*, Fundación Banco de Boston, Buenos Aires, 1991, p.148).

conductor provincial”⁷⁵. Ante esta tesitura, favorable a la concreción de obras públicas, empezaron a realizarse toda una serie de infraestructuras ofreciendo, de esta manera, una nueva imagen a la ciudad de Mar del Plata. Una las obras que cambió profundamente esa imagen de *Belle époque*, a otra en donde se dejaba paso a un nuevo turismo más democrático, fue la construcción del Casino⁷⁶. Se destruyó la Rambla Bristol, una rambla que simbolizaba el veraneo de la alta oligarquía terrateniente e industrial bonaerense en Mar del Plata, la majestuosidad de la misma había hecho que se le rebautizara popularmente con el nombre de la “Rambla de la Niza argentina”. La construcción del Casino, sin embargo, respondía a una nueva política turística adoptada por la Intendencia, en donde se buscaba cambiar aquél veraneo de la élite estanciera por la de otros sectores de la población. La concreción de estas obras públicas incrementó considerablemente la deuda municipal, un dato que, al parecer, poco importaba tanto a la Intendencia de Camusso como a la gobernación de Fresco, pues adoptaron una política económica de riesgo basada en una confianza extrema en la situación “de progreso económico” que, se supone, alcanzaría o esperaba alcanzar la Nación Argentina y, a través de la cual, se liquidarían todos los préstamos adquiridos⁷⁷. La efectivación de las obras aseguraba la existencia de importantes fuentes de trabajo, en el sector tanto de la construcción como en el del turismo, que ayudaban a sostener ambas políticas: la de M. Fresco y la de J. Camusso⁷⁸. El continuo incremento del turismo, unido a la política constructiva de la Intendencia, hizo que la franja obrera se ensanchara en repuesta a la amplia oferta laboral que ofrecía el sector de la construcción y el turístico⁷⁹. Aparecerán una gran cantidad de gremios y asociaciones (empleados de comercio, trabajadores panaderos, albañiles, picapedreros, mosaistas, carpinteros, *chauffeurs*...), así como centrales obreras que nuclearon gran parte de los trabajadores organizados: la Unión Obrera Local (UOL) y el Sindicato único de la Construcción⁸⁰.

La oposición política marplatense, representada por el socialismo y el radicalismo, vieron limitada su actuación política ante un gobierno local que se resguardaba detrás de

⁷⁵ Ibid., pp. 150-151.

⁷⁶ Otras de las obras públicas que se realizaron fueron el Palacio Municipal, el nuevo cementerio, el matadero, la Ruta 2 que enlazaba Mar del Plata con la ciudad de Buenos Aires, la urbanización de la Playa Grande y Bristol, etc., (Ibid., p. 157). En el Apéndice Fotográfico de la presente investigación se incluyen las fotografías del Casino, de la antigua Rambla Bristol y del Palacio Municipal.

⁷⁷ Algunas de estas obras públicas tales como el Palacio Municipal, el cementerio y matadero, entre otras, fueron realizadas por el gobierno comunal a través de la obtención de un empréstito de 2.000.000 de pesos argentinos otorgado por la provincia de Buenos Aires (Pastoriza, Elisa; “La política conservadora, 1930-40”..., op. cit., p. 157).

⁷⁸ Ibid., p. 158.

⁷⁹ La eclosión turística vendrá en las décadas de 1950 y 1960 constituyéndose, en Mar del Plata, la sede central del turismo social (Ibid., p. 158)

⁸⁰ Ibid., pp. 161-162. En el capítulo cuarto de la presente investigación se analizan con más detalle dichas centrales obreras, así como su participación en las ayudas humanitarias con respecto a la República Española.

Autor: Lidia Bocanegra

unos continuos comicios fraudulentos. Unas prácticas electorales (supresión de la Ley Sáenz Peña) que provocaron una decrecimiento del interés político de la población marplatense buscando, éstos, otros canales de protagonismo tales como los gremios de obreros, centros culturales, iglesias parroquiales, organizaciones empresarias, etc.

El perfil social marplatense estuvo compuesto por una importante población inmigrante europea, española e italiana básicamente, que llegaron a la zona hacia finales del siglo XIX y después de las Guerras Mundiales⁸¹. La llegada del ferrocarril a la ciudad, en 1880, favoreció la presencia de inmigrantes provenientes de aquella migración masiva caracterizada por la etapa de 1880-1930. Tres cuartas partes de los habitantes, la mayoría inmigrantes, vivían en el campo en la década de 1880 debido a que Mar del Plata era, todavía, una ciudad incipiente dentro de la nueva limitación territorial realizada en 1881: el partido de General Pueyrredón⁸². En 1914, los españoles, con una cifra que superaban los 7.600 habitantes, representaban la cuarta parte de una población total de 20.000 almas en Mar del Plata según el Tercer Censo Nacional de Población⁸³. Esta proporción iría disminuyendo en términos relativos, pero en 1947, según el Censo Nacional, más de 10.000 españoles habitaban en la ciudad. En definitiva, y según el censo de la población realizado en la provincia de Buenos Aires, el 18 de diciembre de 1938, el partido de General Pueyrredón tuvo una población de 72.159 habitantes, 62.000 de los cuales pertenecían a la ciudad marplatense⁸⁴. Asimismo, durante la época de 1938 a 1947, la población marplatense se convierte en receptora de migraciones internas (desplazamientos de las zonas rurales aldeañas) además de continuar siendo receptora de inmigración europea pero, esta vez, la

⁸¹ Molinari, Irene D.; “Desarrollo urbano y vida cotidiana”, en *Mar del Plata. De la prehistoria a la actualidad. Caras y contracaras de una ciudad imaginada*, Zaida, Mirta (Dir.), Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, 1999, p.85.

⁸² Irigoín, María A.; “La población, los habitantes y la trama social urbana, 1880-1940”, en *Mar del Plata. Una historia urbana*, Fundación Banco de Boston, Buenos Aires, 1991, p. 47.

⁸³ El 70 por ciento de esos 7.600 españoles se concentraban en la ciudad, siendo los nacidos en la Provincia de León, concretamente de la parroquia de Pola de Gordón, los que constituían el grupo más grande (Da Orden, María Liliana; “Cadena migratoria, familia y pautas de residencia: una nueva mirada a una vieja cuestión. Mar del Plata, 1910-1939”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 45, Buenos Aires, agosto 2000, pp. 398-401). Durante la etapa decimonónica, los grupos de españoles inmigrantes estuvieron compuestos por vascos, navarros y aragoneses, en tanto que leoneses, asturianos, gallegos y almerienses prevalecieron en la nueva centuria (Da Orden, María Liliana; *Romaxes Españolas e inserimento social nos tempos da inmigración masiva na República Argentina*, Universidad Nacional de Mar del Plata, Fundación Xeito Novo, disponible en http://www.agrileria.com/numeros/05/Galego/investigación_05_a_g.htm, p. 1). Aproximadamente, cinco de cada diez pobladores de la ciudad de Mar del Plata habían nacido en el extranjero en 1914, principalmente en España e Italia y, en menor medida, en Francia, Inglaterra, Suiza o Alemania. Este protagonismo extranjero durará hasta 1930 (Da Orden, María Liliana y Pastoriza, Elisa; “La formación de una ciudad moderna. Grupos sociales y ámbitos culturales”, en *Mar del Plata. Una historia urbana*, Fundación Banco de Boston, Buenos Aires, 1991, p. 186).

⁸⁴ *El Progreso* 04-02-1939 N° 19517 y Pastoriza, Elisa; *Los trabajadores de Mar del Plata en vísperas del peronismo*, Biblioteca Política Argentina, Centro Editor de América Latina –CEAL-, Buenos Aires, 1993, p. 28.

afluencia se originaría al finalizar la Segunda Guerra Mundial, convirtiéndose en una de las principales ciudades receptoras de esta inmigración hacia finales de la década de 1940⁸⁵.

El estallido de la Guerra Civil española afectó no tan solo a la comunidad española residente en Mar del Plata sino a la sociedad marplatense, casi en su conjunto, que se adhirió a uno u otro bando. Aquí entraron en juego el Centro Republicano Español y las asociaciones obreras y sindicales quienes mayormente se movilizaron en prestar su apoyo, tanto moral como económico, adhiriéndose a la causa republicana⁸⁶. Los efectos que provocaron ambos conflictos, final de la Guerra Civil española y Segunda Guerra Mundial, en el sistema político Nacional, así como el miedo al “cuco comunista”, también se manifestaron en la ciudad marplatense. El Partido Socialista, como segunda fuerza política en importancia desde la oposición al gobierno conservadurista de J. Camusso, criticó la Ley Anticomunista “cuyo objetivo ‘no explícito’, decían, era englobar a toda la oposición, de allí la falta de precisión en los alcances del término”⁸⁷. En 1939, la prensa independiente marplatense, *La Capital* y *El Progreso*, estigmatizarían al Partido Comunista además de silenciar las políticas restrictivas en materia migratoria por parte del poder Ejecutivo Nacional. En contrapartida, el diario socialista marplatense, *El Trabajo*, siguiendo la línea informativa de su homólogo bonaerense, *La Vanguardia*, trataría de utilizar sus columnas para concienciar al lector del peligro para la nación de un sistema político conservador sustentado en el fraude. *El Trabajo* alentó la causa republicana, primero, y el exilio republicano, después, que tanto conmovió y conmovía a la sociedad argentina en general, y marplatense en concreto, aquella Guerra Civil española y sus consecuencias.

Europa, como emisora de aquel reflejo a Argentina, estaba pasando un período conflictivo en donde aquel frágil *status quo* posbélico, logrado tras la Primera Guerra Mundial por los grandes vencedores (Gran Bretaña, Francia, Rusia y los EE.UU.), estaba siendo tambaleado, en la década del 30, por los grandes regímenes totalitarios implantados por Benito Mussolini en Italia (1922) y Adolf Hitler en Alemania (1933)⁸⁸. Tanto la dictadura fascista italiana como la nazista alemana buscaban un nuevo *status quo* territorial, basado en unas nuevas pretensiones revisionistas, que descansaba en una intención de potencia hegemónica del Mediterráneo, por parte de Italia, para contrarrestar la hegemonía naval anglo-francesa en dicha zona. Por otro lado, la expansión imperialista del Tercer

⁸⁵ Irigoín, María A.; “La población, los habitantes...”, op. cit., p. 48.

⁸⁶ En el capítulo cuarto de la presente investigación se analizan los centros regionales españoles de Mar del Plata, así como la actuación de éstos con respecto a la Guerra Civil española.

⁸⁷ Pastoriza, Elisa; “La política conservadora, 1930-40”..., op. cit., p. 154.

⁸⁸ Moradiellos, Enrique; *El reñidero de Europa: las dimensiones internacionales de la guerra civil española*, Editorial Península, Barcelona, 2001, pp.47-49.

Reich (*Stufenplan*) descansaba en tres principios básicos: un violento antimarxismo y fobia antiliberal, así como un fuerte antisemitismo con la consiguiente superioridad de la raza aria y la pretensión de colonizar el este europeo para asegurar el “espacio vital”, a dicha raza aria, anexionando o neutralizando a rivales como Austria, Checoslovaquia y Polonia. Todas estas pretensiones territoriales, cada una con sus respectivas ideologías nazi-fascista, junto con la idea de impedir las por parte de las potencias democráticas (Gran Bretaña y Francia) y no democráticas (URSS) provocaron, hacia mediados de la década de 1930, toda una proliferación de tratados a modo de fuego cruzado entre los supuestos países demócratas con los dictatoriales⁸⁹. De nada sirvieron tal cantidad de pactos cuando los ejércitos de Mussolini y Hitler invadieron Abisinia (1935) y Renania (1936), yendo en contra de los Tratados de Versalles y de Locarno⁹⁰. Francia y Gran Bretaña, debilitadas política y económicamente⁹¹, adoptaron una política de apaciguamiento con respecto a dichas potencias dictatoriales con tal de evitar un nuevo conflicto armado. Tal y como comenta el historiador Enrique Moradiellos, se trató de una “estrategia diplomática de emergencia destinada a evitar una nueva guerra, mediante la negociación explícita (o aceptación implícita) de cambios razonables en el *status quo* territorial que satisficieran, sustancialmente, las demandas revisionistas sin poner en peligro los intereses franco-británicos”⁹². Los motivos fueron varios pero, sin duda alguna, el hecho de no poseer una capacidad militar

⁸⁹ En un inicio, la pretensión territorial de Alemania con respecto a Austria iba en contra de los intereses de Italia, ya que el propósito italiano, para con este país, era la de garantizar la independencia austriaca como “estado tapón” en el norte y ejercer un protectorado *de facto* sobre los Balcanes. El rápido restablecimiento del servicio obligatorio militar alemán, junto con el fortalecimiento de su fuerza aérea, provocaron que Francia, Gran Bretaña e Italia firmaran una declaración conjunta en Stresa, en abril de 1935. Un mes más tarde, en mayo de 1935, bajo la continua amenaza alemana, Francia buscaría apoyo en la URSS firmándose el pacto franco-soviético de consultas mutuas en caso de agresión. A Stalin le interesaba, tanto como a Francia, firmar ese pacto debido al peligro alemán en Europa Central, así como el peligro expansionista Japonés en Asia Oriental, pues éste último había invadido la provincia china de Manchuria a finales de 1931. Por su parte, Gran Bretaña, en abril del mismo año, firmaría con Hitler un acuerdo naval en donde se prescribían límites precisos a las dimensiones de la futura flota alemana. Alemania, tras retirarse en 1933 de la Sociedad de Naciones, así como de la Conferencia de Desarme Internacional, en 1934 firmaría el Pacto de No Agresión con Polonia con el objetivo de separar a este país del sistema de alianzas francés (Ibid., pp. 51-53).

⁹⁰ El Tratado de Versalles, firmado en 1919, estaba basado en una serie de condiciones impuestas por las naciones vencedoras de la Primera Guerra Mundial por el cual se confiscaron territorios a Alemania además de limitar su capacidad militar (Kershaw, Ian; *Hitler 1889-1936*, Editorial Península Atalaya, Barcelona, 2000, p. 153). El Tratado de Locarno, firmado en 1925, también por las potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial, se trató de un acuerdo a tenor del cual Francia, Bélgica y Alemania se comprometieron a respetar sus fronteras recíprocas bajo la garantía conjunta de Gran Bretaña e Italia (Moradiellos, Enrique; *El reinado de Europa...*, op. cit., p. 48).

⁹¹ El Reino Unido estaba sumido en una grave crisis financiera y política debilitando sus recursos militares. Por su parte, Francia estaba inmersa en una crisis socio-política que conduciría a la victoria del Frente Popular en las elecciones generales de 1936 (Ibid., pp. 52-54).

⁹² La adopción de dicha política de apaciguamiento, por parte de Francia y Gran Bretaña, se debió a varios motivos: en primer lugar, por la debilidad económica de ambos países como resultado de la grave crisis producida por el *Crack* de 1929; por la vulnerabilidad francesa y británica en caso de conflicto armado con las dictaduras nazi-fascistas; de la ausencia de apoyo por parte de los EE.UU.; por último, debido a la fragilidad política de ambos países que no contaban con el apoyo popular en caso de estallar una nueva guerra (Ibid., pp. 55-56).

importante por parte de Francia y Gran Bretaña para poder hacer frente a un conflicto armado simultáneo entre Japón en el Lejano Oriente, Alemania en Europa e Italia en el Mediterráneo, sin contar con el apoyo de los EE.UU. ni de la URSS, llevaron a ambos países a adoptar dicha actitud. Por otro lado, el inicio de la Guerra Civil española, en julio de 1936, levantó toda serie de inquietudes entre estas potencias democráticas que no dudaron en internacionalizarla a través del Comité de No Intervención convirtiéndose, dicha tragedia ibérica, en un “sangriento reñidero de Europa”⁹³. El Comité de No Intervención, del cual solamente simbolizaba el nombre ya que Alemania e Italia desde el primer momento ayudaron con hombres y material bélico al ejército franquista, lo propio haría la URSS de Stalin a nivel de armas para el ejército de la República, por lo demás insuficiente, no favoreció la tan deseada política de apaciguamiento. Sin embargo, sí que afectó gravemente a la República española, pues dicho embargo de armas paralizante fue la causante de que el ejército republicano no pudiera operar en igualdad de condiciones militares frente al enemigo, además de socavar “gravemente las tentativas del gobierno republicano para mantener íntegro el tejido moral y material de la retaguardia, lo que era básico para su guerra de resistencia”⁹⁴. En definitiva, haciendo referencia a la historiadora Helen Graham, la política de la No Intervención, creada por las potencias democráticas occidentales fue la que implícita, o explícitamente, iría “destruyendo lentamente a la República”⁹⁵. En el concierto internacional, la cada vez más debilitada República española no podía contar con el apoyo de Francia y el Reino Unido, los cuales ocultaban el miedo a un enfrentamiento directo con los regímenes totalitarios además de albergar toda una serie de prejuicios ideológicos, sobre todo Gran Bretaña, en contra de una República hispana por considerarla un gobierno en donde se estaba produciendo “una réplica perfecta del período de Kerenski en Rusia”⁹⁶. Es decir, se pensaba que en España se estaba llevando a cabo una especie de degeneración del sistema parlamentario a favor de la revolución comunista.

Al iniciarse el conflicto español, la política de apaciguamiento era ya una débil línea perfectamente franqueable por unas cada vez mejores relaciones entre Alemania e Italia. Prueba de ello será el apoyo alemán prestado en la campaña militar italiana de Abisinia, en 1936, y en el Tratado austro-germano, firmado en el mismo año, en donde se prescribía la coordinación de la política exterior de ambos estados finalizando, de esta manera, aquel

⁹³ Expresión utilizada por el historiador Enrique Moradiellos (Ibid., p. 47).

⁹⁴ Graham, Helen; “La movilización con vistas a la guerra total: La experiencia republicana” en *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la guerra civil*, Paul Preston (ed.), Ediciones Península, Barcelona, 1999, pp. 217-220, 229-230.

⁹⁵ Ibid.

⁹⁶ Churchill, Winston S.; *La segunda guerra mundial*, Vol. I, Editorial La Esfera de los Libros s.l., Madrid, 2004.

roce italo-germano por la cuestión austriaca⁹⁷. Europa empezaría a estremecerse, nuevamente y tras el conflicto español, con una nueva guerra mundial declarada formalmente el día 1 de septiembre de 1939. Para entonces, miles de refugiados republicanos españoles hacían ya siete meses que habían cruzado la frontera franco-española en búsqueda de refugio. Sin ser considerados como tales, sino más bien como presos políticos, permanecieron custodiados por las autoridades francesas en los distintos campos de concentración a lo largo de la franja oriental pirenaica. Percibidos como un problema, los exiliados republicanos se encontraron con un gobierno francés que intentó solucionar, en parte, lo que él consideraba un inconveniente repatriando a gran cantidad de esos refugiados (civiles y militares) en el mismo mes de febrero de 1939⁹⁸, utilizando el resto, unos 120.000, para incorporarlos en las Compañías de Trabajadores o en los Regimientos de Marcha⁹⁹. La rápida ocupación de las fuerzas alemanas en territorio francés, en 1940, marcaría un nuevo rumbo a la situación de los refugiados republicanos. Considerados como una importante mano de obra necesaria unos, 40.000 de esos refugiados fueron trasladados “con carácter forzoso a trabajar a Alemania”¹⁰⁰. Muchos otros, unos 8.000, acabaron siendo internados en campos de concentración alemanes tales como el de *Mauthausen*, *Dachau*, *Buchenwald* perdiendo la vida en ellos cerca de 5.000¹⁰¹. Mención especial es un decreto, firmado por Hitler el 25 de septiembre de 1940, en donde se disponía que los republicanos españoles fueran entregados a la Gestapo para su posterior traslado a los campos de exterminio nazi. Este decreto se firma coincidiendo con la visita de

⁹⁷ Moradiellos, Enrique; *El rehñidero de Europa*:..., op. cit., pp. 57-58.

⁹⁸ Un total de 67.709 refugiados fueron repatriados nuevamente a España, por el gobierno francés, hacia finales del mes de febrero de 1939 (Rubio Javier; *La emigración de la guerra civil de 1936-1939. Historia del éxodo que se produce con el fin de la II República española*, Vol. 3, Editorial San Martín, Madrid, 1977, pp. 72 y 74). A pesar de esas repatriaciones, todavía quedaron unos 440.000 refugiados en los campos de concentración franceses en el mes de marzo de 1939. Poco a poco se irían realizando nuevas repatriaciones (Rubio Javier; *La emigración de la guerra civil de 1936-1939. Historia del éxodo que se produce con el fin de la II República española*, Vol. 1, Editorial San Martín, Madrid, 1977, p. 73).

⁹⁹ Rubio Javier; *La emigración de la guerra civil de 1936-1939. Historia del éxodo que se produce con el fin de la II República española*, Vol. 2, Editorial San Martín, Madrid, 1977, pp. 389, 392 y 395.

¹⁰⁰ Aquellos que lograron escapar de los campos de concentración franceses en el momento de la ocupación alemana, y una vez se hizo casi imposible la emigración hacia América, se presentaron en los consulados solicitando la repatriación, lo cual fue casi imposible debido a que las fuerzas de ocupación alemanas necesitaban de mano de obra para fortificar toda la costa Atlántica. Otros, aquellos refugiados ultrapirenaicos, se lanzaron al monte, al *maquis*, a la resistencia (Ibid., pp. 398-400).

¹⁰¹ Ibid., p. 409. Los presos políticos masculinos de cualquier nacionalidad fueron ubicados en los campos de concentración de *Mauthausen* y *Dachau*, mientras que el campo de *Auschwitz* albergó mayoritariamente a mujeres, hombres y niños judíos. El campo de *Ravensbrück* fue destinado solamente para las mujeres (Mantelli, Brunello; “L’arruolamento di civili italiani come manodopera per il Terzo Reich dopo l’8 settembre 1943”, en *Fra sterminio e sfruttamento. Militari internati e prigionieri di guerra nella Germania nazista (1939-1945)*, Casa Editrice Le Lettere, Firenze, 1992, p. 230) y (Bendotti, Angelo; Bertacchi, Giuliana; Pelliccioli, Mario y Valtulina, Eugenia; “I prigionieri degli altri Paesi nella memoria degli internati militari. La percezione dell’«altro””, en *Fra sterminio e sfruttamento. Militari internati e prigionieri di guerra nella Germania nazista (1939-1945)*, Casa Editrice Le Lettere, Firenze, 1992, p. 199).

Autor: Lidia Bocanegra

Serrano Súñer a Alemania en donde, sin duda alguna, se gestó y planificó dicha orden. La mayoría de los refugiados fueron deportados al campo de concentración austriaco de *Mauthausen*, un campo “destinado a presos cuyo retorno no interesa”, pues el objetivo final del mismo era la “aniquilación [del individuo] mediante el trabajo obligatorio llevado hasta el límite de la resistencia humana”¹⁰². Ese fue el amargo destino para muchos de los exiliados republicanos españoles que no pudieron embarcarse hacia unas tierras americanas, desde donde se miraba de lejos el caos europeo. Muchos de ellos tuvieron que pasar nuevamente una segunda guerra como actores activos de la contienda, forzada o voluntariamente, con un arma al hombro, mientras que muchos otros la vivieron como presos políticos, tildados genéricamente de “rojos” y actuando como mano de obra esclava para los diferentes regímenes democráticos y totalitarios pero, esta vez, aquella guerra fue mundial.

¹⁰² Soler, Llorenç (Dir.); *Francisco Boix. Un fotógrafo en el infierno*, Área de Televisión, s.l., Sogecable S. A., Canal +, 2000, D.L.-17465-2000. [VHS]. Para mayor información acerca de la vida y la organización de los refugiados republicanos en los campos de exterminio nazis, sobre todo el de *Mauthausen*, véase la obra escrita por un refugiado republicano español, Mariano Constante, el cual estuvo interno en dicho campo de concentración (Constante, Mariano; *Los años rojos. Españoles en los campos nazis*, Editorial Martínez Roca, Barcelona, 1974). Otra de las obras que hablan al respecto, pero esta vez vista desde la óptica de un refugiado judío, es el testimonio escrito por Roman Frister en donde, además de hablar acerca de las maquiavélicas condiciones de vida en la que estaban sometidos los deportados, judíos o no, en los diferentes campos de exterminio nazis de *Auschwitz*, *Starachowice* y *Mauthausen*, lugares en donde el propio Frister estuvo interno, establece asimismo un análisis comparativo muy interesante acerca de las organizaciones internas de los deportados republicanos españoles. A juicio del propio Frister, gracias a esa organización y cohesión de los refugiados republicanos pudieron sobrevivir muchos de ellos debido a los lazos de solidaridad que se crearon como grupo, a diferencia de los deportados judíos a los cuales les caracterizaba el pasivismo, individualismo y el sometimiento absoluto (Frister, Roman; *La gorra o el precio de la vida*, Galaxia Gutemberg s.a. para Círculo de Lectores, Barcelona, 1999).